

Preguntas de Reflexión

- ¿Qué te ayuda a regresar diariamente a Dios con honestidad y humildad?
- ¿Qué le deja a tu experiencia de recuperación la oración del publicano: “Dios mío, apiádate de mí, que soy un pecador”?
- ¿Qué significa para ti “cargar tu cruz” y seguir a Cristo en el contexto de tu sanación de las adicciones, compulsiones y apegos dañinos?

Bienvenido a Católicos en Recuperación

Estamos agradecidos de que seas parte de nuestra comunidad y te animamos a que sigas regresando

- Visita catholicinrecovery.com para ver una lista completa de reuniones disponibles, recursos de recuperación e información sobre cómo comenzar
- Te pedimos paciencia mientras traducimos más recursos y materiales al español
- Ten la seguridad de que tu participación y presencia en estas reuniones se mantendrán confidenciales.
- ¡Eres digno de libertad, una vida nueva y recuperación!

Lecturas Dominicales

Primera Lectura: Sirácide (Eclesiástico) 35, 12-14, 16-18

Salmo Responsorial: Salmo 34, 2-3, 17-18, 19, 23

Segunda Lectura: 2 Timoteo 4, 6-8, 16-18

Evangelio: Lucas 18, 9-14

Trigésimo Domingo del Tiempo Ordinario



Cuando le preguntan por qué come y bebe con publicanos y pecadores, Jesús contesta “los que están sanos no tienen necesidad de médico, sino los enfermos. No he venido a llamar a justos, sino a pecadores” (Lucas 5, 31-32). Teniendo de manera constante, incluso a diario, un retorno a Dios mediante el humilde reconocimiento de que somos impotentes ante la adicción, una mente abierta a lo que sea Su voluntad hacia nosotros, y una disposición de cumplirla, nos mantenemos debidamente alineados a la esperanza que ofrece la gracia y misericordia de Dios.

Podemos realizar acciones prácticas para permanecer en tal estado de conversión. El *Catecismo de la Iglesia Católica* describe varias prácticas que, de forma regular, nos auxilian: “La conversión se realiza en la vida cotidiana mediante gestos de reconciliación, la atención a los pobres, el ejercicio y la defensa de la justicia y del derecho, por el reconocimiento de nuestras faltas ante los hermanos, la corrección fraterna, la revisión de vida, el examen de conciencia, la dirección espiritual, la aceptación de los sufrimientos, el padecer la persecución a causa de la justicia. Tomar la cruz cada día y seguir a Jesús es el camino más seguro de la penitencia” (CIC 1435).

Trabajar adecuadamente en el Paso 2, “Llegamos a creer que un Poder superior a nosotros mismos podría devolvernos el sano juicio”, nos ayuda a configurar nuestra relación con Dios y nos abre a tener con Él un contacto activo basado en la oración. Esto es necesario en el momento en el que pedimos ayuda y confiamos en Él en nuestra recuperación. La Primera Lectura de este domingo confirma que Dios escucha nuestras humildes súplicas (Siráclido 35, 15-20):

*El Señor es juez,
y para él no cuenta el prestigio de las personas.
Para él no hay acepción de personas en perjuicio del
pobre,
sino que escucha la oración del oprimido.
No desoye los gritos angustiosos del huérfano
ni las quejas insistentes de la viuda.
Quien sirve a Dios con todo su corazón es oído
y su plegaria llega hasta el cielo.*

En la mayoría de los ambientes, estamos culturalmente condicionados a sobresalir mediante nuestras fortalezas y esconder nuestras debilidades. En la recuperación de las adiciones, compulsiones y apegos dañinos, nos beneficiamos al guiar por medio de nuestras debilidades, para que los demás se puedan identificar con nuestro caminar hacia la libertad y hacia una compartida dependencia en un Poder superior a nosotros mismos. En la debilidad hay unidad y en la unidad, la victoria.

Cargar nuestra cruz cada día se vuelve más fácil cuando caminamos juntos. Nuestros prejuicios sobre los demás, nos impiden conocer plenamente a Dios, a nosotros mismos y a nuestros hermanos y hermanas. Puede ser más fácil advertir lo que han hecho mal los otros, que analizar nuestro propio comportamiento. Esto lo llamamos sacar a relucir los defectos de los demás, algo que, en el Evangelio de este domingo, Jesús nos advierte no hacer (Lucas 18, 10-14):

*“Dos hombres subieron al templo para orar:
uno era fariseo y el otro, publicano.
El fariseo, erguido, oraba así en su interior:
‘Dios mío, te doy gracias porque no soy como los demás
hombres:
ladrones, injustos y adulteros; tampoco soy como ese
publicano.
Ayuno dos veces por semana y pago el diezmo de todas
mis ganancias’.
El publicano, en cambio, se quedó lejos
y no se atrevía a levantar los ojos al cielo.
Lo único que hacía era golpearse el pecho, diciendo:
‘Dios mío, apiádate de mí, que soy un pecador’.
Les aseguro que este último volvió a su casa justificado,
pero no el primero;
porque todo el que se ensalza será humillado
y el que se humilla será ensalzado.”*

Dios nos conoce mejor que nosotros mismos. Él conoce nuestras fortalezas, nuestras debilidades, nuestros temores y nuestros deseos. Aceptarnos con humildad a nosotros mismos haciendo nuestro inventario y cargando con la cruz que se nos ha dado, nos da la libertad para tener un desarrollo espiritual y una continua conversión. No somos dignos de que Dios entre en nuestra casa. Sin embargo, Cristo no nos pide ser dignos; Él nos pide que lo sigamos. Esto lo podemos hacer juntos, un día a la vez.